

pero ten en cuenta que más grave es blasfemar de Dios Nuestro Señor ó de las cosas santas, que asesinar á un hombre; y mayor crimen el profanar una Iglesia que robar al Tesoro.

Los liberales, como prescinden de Dios, no suelen custodiar con las leyes sino la hacienda y las personas, y no siempre cuando se trata de las ajenas. Si alguna vez miran por la Religion, no es en fuerza de los principios que el liberalismo profesa, sino de los católicos que ellos ó en parte conservan, ó de que se sirven segun la oportunidad ó conveniencia.



DIÁLOGO II

Por qué permite Dios el pecado.—La virtud es fácil y difícil.—Origen de la rebeldía de las pasiones.—Rigores de los Santos.—La civilizacion moderna hace difícil la virtud.—Una nacion feliz.

D. Quedé muy satisfecho de nuestra anterior entrevista; mas ahora os estimaria me aclaraseis otras dificultades sobre lo mismo. La primera, cómo Dios nos deja caer en tanto pecado, pudiendo impedirlo. Porque ya que nos ha librado de la tiranía de Satanás, parece que debiera asegurarnos de suerte que no permitiera cayésemos de nuevo entre sus garras.

Yo bien sé que no es de un hijo bien educado pedir cuenta á su padre del modo que tiene de gobernar su casa; pero tambien es duro, en cosa que le toca á uno tan de cerca, no ver claro, sino el más profundo misterio.

M. Cabal. Misterio es, pero yo no veo tanta dificultad; porque al fin, si á un estudiante se le antoja derrochar cuanto dinero le dan para comprar libros, pagar matrículas, etc., ¿estará obligado el padre á darle más y más dinero, y tanto más cuanto el hijo sea más disoluto, y hasta que, á fuerza de dar,

logre por fin que, no sabiendo ya el hijo qué hacerse de tanto oro, emplee algunos reales en libros? Pues á eso se quiere obligar á Dios, cuando se le quiere exigir que no permita el pecado. A menos de violentar la libertad que Él mismo nos dió, sólo, á fuerza de multiplicar sus gracias, podría obtener de los rebeldes que no pecasen, y eso sería obligar á Dios á que diese más á quien lo merecía menos.

D. No cabe duda que no sería equitativo haber de dar más y más gracias al más rebelde, con el fin de poderle igualar eternamente en la gloria con las almas dóciles y fieles. Quedo satisfecho, aunque siempre veo misterio.

M. ¿Y en qué no le hay? ¿Quién puede sondear ese piélago? *Oh altitudo*, que dijo san Pablo, *sapientiae et scientiae Dei!*

D. Otra dificultad. Enhorabuena que no deba Dios impedir el mal uso de la libertad; pero al menos parece pedía su bondad que nos facilitase el buen uso de ella: y no que á algunos es muy difícil y punto menos que imposible la guarda de ciertos mandamientos; y esto no lo podeis negar, porque lo vemos y oímos cada día, y hasta de los púlpitos se nos anuncia que el camino del cielo es angosto, y que son pocos los que de él no se extravían. Pues si Dios nos quiere tanto, ¿cómo no nos hace más asequible el cielo? Si Jesucristo nos libertó de la tiranía de Satanás, ¿cómo no nos dá más fuerza para resirtir á sus embates?

M. Voy á ver si logro solventar esa dificultad.

LA VIRTUD, FÁCIL Y DIFÍCIL

M. Decias que para algunos eran los mandamientos punto menos que imposibles. Pues si con eso

hallas dificultad, mayor la tendrás si quito el *punto menos*, y en vez de *algunos* pongo *todos*.

D. ¿Con que para todos son imposibles?

M. Para todos. Y lo más particular es que al mismo tiempo sostengo que para todos son, no sólo posibles, sino fáciles de practicar.

D. Solemne paradoja.

M. No es sino aparente. Vamos á la prueba. ¿Es fácil ser virtuoso? Si se lo preguntamos á una persona del mundo, que pasa la noche en el teatro y la mañana en el lecho, frecuenta saraos, lee novelas, se da al juego, dirá que no: pero dame otra que sea el reverso de la medalla; hombre de oracion, de iglesia, de retiro, cuyo trato es con personas timoratas, y dirá que, aunque siente la propension al mal, puede con la ayuda de Dios vivir de acuerdo con las leyes divinas, y que si falta alguna vez, es porque afloja en la oracion, ó no evita ciertos encuentros, en suma porque quiere. Aquella misma persona del mundo, si se va retirando de sus malos tratos y ocasiones, pronto la veras irse trocando en otra.

D. Sólo que hay algunos que no tienen fuerzas para eso. Parecen ya abandonados de Dios.

M. Eso bien lo podrán ellos decir, pero es imposible que lo prueben. Dios á nadie niega su gracia: si tales personas entrasen en sí, verian que no les falta jamás, pero que halla resistencia en ellos. Pues si no acude el enfermo al médico, ¿por qué se queja?

D. Con que, segun eso, cualquier pecador, por obstinado que parezca, ¿puede, si quiere, convertirse? Lo pregunto por que he oido á personas autorizadas que hay pecadores que llegan á llenar la medida, y que para esos ya no hay conversion.

Por tanto, desearia saber qué enseña sobre esto la Iglesia.

M. En primer lugar, esa sentencia, aunque tiene un sentido verdadero, es susceptible de otro falso. Sucede no pocas veces que, cometido algun pecado, súbitamente sobreviene la muerte: ó bien que, aunque venga por sus pasos contados, se obstina el impío en no convertirse, y le coge así el último aliento. Para éstos ya se ha llenado la medida; y como ésta para unos es larga y para otros corta, es un loco el que se arroja á cometer un pecado grave, ó quien, cometido éste, no se arrepiente al punto. Bajo este aspecto es verdadera aquella sentencia. Pero si se quiere indicar que, aun durante la vida, llegan ciertos pecadores á un estado en que, abandonados completamente de la mano de Dios, no pueden, aunque quieran, convertirse, en ese sentido es falsa.

Oye lo que define el Concilio de Letran (1):

«Si despues del Bautismo cayere alguno en pecado, siempre puede volver al estado de gracia por medio de una penitencia verdadera.»

San Agustin dirige al pecador obstinado estas palabras: «Cualesquiera que sean los pecados en que hubieres caido, todavía estás en esta vida, de la cual, si no quisiera Dios sanarte de esa lepra, ya te hubiera sin duda sacado (2).»

La Iglesia en el Ritual Romano, hablando de un enfermo á quien nadie puede reducir, dice que, mientras viva, se han de repetir frecuentes exhortaciones por parte de los sacerdotes y otras personas, poniéndole delante los premios de la gloria y los castigos del infierno, mostrándole la misericordia de Dios, que le convida á penitencia y está dispuestísimo al perdon.

(1) El 4.º cap. *Firmiter*.

(2) Serm. 351, cap. 5.

ORÍGEN DE LA REBELDÍA

DE LAS PASIONES

D. Grande es la miseria humana. Algunos se escudan con la flaqueza del hombre para resistir á tan violentas pasiones, y parece que echan á Dios la culpa de sus desaciertos.

M. La culpa más desastrosa se cometió en el Paraíso. Dios habia criado al hombre con absoluto dominio sobre sus apetitos, y, si Adan no pecara, no fuéramos ni él ni nosotros despojados de aquel dón. No fué Dios la causa de la rebeldía de las pasiones. El hombre se alzó contra Dios, y éstas contra el hombre; ¿Qué motivo hay de queja?

D. Ninguno; aunque dicen los necios que por qué han de pagar los hijos la culpa del padre.

M. Pues ¿no podría un rey honrar con un marquesado á cualquier súbdito, y luego quitárselo en castigo de su infidelidad?

D. Ciertamente.

Y al perder el marquesado aquel sujeto, ¿no lo perdía tambien su hijo que le habia de suceder?

D. De seguro.

M. Pues de eso dependió el que nosotros perdiésemos el señorío sobre las pasiones. Pero en vez de echar toda la culpa á Adan, echémosla á nosotros, que no nos aprovechamos de la gracia que nos trajo Cristo para sujetar las pasiones.

D. Todo eso es verdad. Pero algunos que, despues de haber vivido mal, se convierten, encuentran, á pesar de esos medios, grandísima resistencia que vencer.

M. Den gracias al Señor, porque, siquiera forcejando contra viento y marea, les da modo de llegar al

puerto. Es necedad pretender que el cielo no nos cueste nada. Jesucristo, para abrírnosle, murió en la Cruz, y nos mandó que siguiésemos sus huellas.

RIGORES DE LOS SANTOS.

D. Y lo que nos predicán á cada paso de las austeridades que usaban los Santos para no verse arrastrados del apetito ¿es fácil todo esto? Lo será, pero yo no lo entiendo.

M. En cuanto á esa lucha que á veces sienten los recién convertidos, no es de maravillar y á esos me refería cuando dije que, mejor que de Adán, podemos quejarnos de nosotros mismos. Nuestros pecados y los hábitos contrarios son la principal causa de todas las dificultades que sentimos, mas una costumbre se vence con otra, y con la práctica se hace fácil la virtud.

En cuanto á los rigores de los Santos, ¿qué quieres que te diga? Creo que en medio de ellos les era fácil la virtud, y si tú no entiendes el cómo, tampoco yo pretendo hacértelo ver. Pero, dí: ¿cómo pasa una madre días y días á la cabecera del hijo enfermo sin cansarse? Porque ama. Lo mismo te diré del guerrero, del mercader, del marino. El deseo de honra y de ganancia es su motor. Junta estas razones, y verás por qué los Santos, ardiendo en amor de Jesús crucificado, no se glorian sino en su cruz. Ahí tienes el secreto de por qué, aunque diga la Escritura que el camino del cielo es angosto, diga también que los justos corren por él, cuando Dios dilata los senos de su corazón, y que el yugo cristiano es suave, y la carga, ligera.

D. Es que, á oír algunos de ellos, y sin ir más lejos, á san Pablo, sus rigores se dirigían á someter la rebeldía de las pasiones, que los impelían al mal.

M. También sabemos por el mismo san Pablo que aquello era una prueba, y á tan duras pruebas no suele Dios exponer sino á los de virtud acrisolada.

LA CIVILIZACION MODERNA

HACE DIFÍCIL LA VIRTUD.

D. Pues la civilización moderna nos exime de todo lo que hay de difícil en la Religión: si los mandamientos de Dios vedan los malos libros, ella los permite: si la ley de Dios prescribe la castidad, ella legaliza la prostitución.

M. Pero eso mismo prueba lo que yo pretendo. ¿Pues qué? ¿es lo mismo desobligar de un deber, que provocar á no guardarlo? ¿Eximió el demonio á Eva de la obligación de obedecer á Dios? Lo que hizo fué hacérsela difícil con la tentación. Pues aplica el cuento. ¿Quiénes son esos hombres para poder eximirnos de la ley de Dios? Lo que hacen es ofrecer impunidad al crimen, y, facilitando su ejecución, dificultar el cumplimiento de nuestro deber. En medio de la libertad que se da al vicio, no puede el buen cristiano dar un paso sin verse rodeado de peligros: si viaja, tropieza con gente que impugna la fe y no respeta la moral; si coge un libro ó un diario, no sabe si hallará en él la muerte del alma; si quiere espaciarse en una reunión, da, cuando menos lo piensa, con espectáculos escandalosos: ¿qué hará? lanzarse en esos focos de pecados es ilícito: optará, pues, por el retiro. ¿Ves cómo la llamada civilización moderna, dando libertad al mal, dificulta la virtud? Y luego nos echa en cara nuestro retraimiento, como si Neron se quejase de que, bajo su imperio y persecución, se escondían los cristianos en las catacumbas.

D. Para los mundanos nuestra suerte es infelicísima. Como para ellos todo es lícito con tal que logren los bienes de este mundo. . . .

M. Por bienes temporales no se entienden sólo las riquezas y placeres del sentido: mayor es la dignidad humana: bienes temporales son también la tranquilidad del ánimo, la mútua concordia, los goces inocentes de la familia, la docilidad de los hijos y fidelidad conyugal; y estos bienes son patrimonio exclusivo de los buenos.

Además el buen cristiano vive contento con su suerte, y el malo siempre desea lo que no tiene; el bueno en la enfermedad se conforma, el malo se desespera: al bueno consuela Dios, al malo torturan los remordimientos y el mismo demonio: el bueno espera el paraíso celestial, el malo ve que lo va á tragar el infierno. «Tomad mi yugo, dice el Señor, y hallaréis descanso» Cumplid mi ley, y hallaréis reposo.

UNA NACION FELIZ

D. Y si en una nacion fuesen todos lo que deben ser. . . .

M. Si guardasen los Mandamientos, habria respeto á Dios y á la autoridad, paz, honestidad y buenas costumbres, justicia, verdad, honradez y todo.

D. ¿Pues á qué más leyes fundamentales?

M. Seria esa nacion un paraíso, verificándose lo que dice David: «Dichoso el pueblo que tiene á Dios por su Señor (1).» Por el contrario, llena está la Escritura de maldiciones que descarga Dios sobre los pueblos prevaricadores. A los cananeos los exterminó por mano de los israelitas, y á éstos luego los echó de

(1) Psalm. xxxii, 12

Palestina; y generalmente está escrito que «los reinos se trasladan de una en otra raza por las injusticias (1).»

Por eso desde que han apostatado de Dios las sociedades, andan rodando los tronos y no hay paz en el mundo.

El Papa Pio IX en un Breve doctrinal dirigido al Sr. Perin profesor de Lovaina, confirma lo dicho con estas palabras: «Lo que se opone á la verdadera Religion, lo que atribuye la autonomía al hombre, lo que abre la puerta á todos los errores y á la corrupcion de las costumbres; jamás podrá contribuir á la prosperidad, al progreso y á la gloria.»

Doctrina diametralmente opuesta á la del falso progreso liberal.



(1) Eccl. x, 8.



Primer Mandamiento.

DIÁLOGO III.

Precepto de amar á Dios.—Indiferencia buena, y mala.—Culto y servicio.—Profecías.—Corazon de Jesús.—Imágenes.—Supersticion.

PRECEPTO DE AMAR Á DIOS

M. No es del caso explicarte los motivos que tenemos para amar á Dios, porque de eso están llenos los libros de piedad: sólo te haré notar el antagonismo radical que existe entre este primer precepto y el espíritu de la sociedad moderna.

En efecto, ¿qué nos ordena Dios en el mandamiento de su amor? Que le amemos con todo el corazon, con toda la mente, con toda el alma, con todas las fuerzas. ¿Y ahora cuál es la voz que resuena en el mundo? Indiferencia glacial en todo lo que mira á Dios, soberbia de la razon, emancipacion de la carne, libertad para cuanto á uno se le antoje.

D. Así es como decís, porque al buscar en todo á Dios se opone el no contar con Dios para nada, ó sea el *indiferentismo*: á la sumision del entendimiento en obsequio de la fe se opone la independenciam de la razon, ó sea el *racionalismo*; y á la ley de Dios, que